

DE LA VIEJA HERRERIA

CUENTO MINERO

POR ASENSIO SAEZ



A. SAEZ

Adela se lo había repetido muchas veces:
—La mina será nuestra perdición.

José marcaba un gesto ambiguo;



—Bien estamos.
—La mina es una loba, una loba siempre al acecho. Te lo digo yo.

Muchas veces había llegado hasta su corazón, antes que al oído, el son de una copla terrible:

A la mujer del minero se le puede llamar viuda. ¡Qué amargo gana el dinero quien se pasa el día entero abriendo su sepultura!

—Te lo digo, José: la mina será nuestra perdición.

Ahora, Adela ya estaba frente a esa perdición. La aceptaba calladamente, resignadamente, sin un grito o un sollozo. No era la suya la súbita desgracia que espanta por imprevista, sino el dolor amasado por muchos, patéticos sentimientos.

—Estaría escrito. Asegura quien lo sabe que hay un libro en que todo está escrito. En ese libro estaría escrita su malaventura.

Al amor de la bocamina acudían hombres de gesto torvo, blusa de tela gris y candil en mano, mujerucas enlutadas —pañolón mate y alpagatas de cáñamo—, clamor a flor de labio. Todos se acercaban a Adela, parsimoniosamente, con la grave solemnidad de un rito:

—Te acompaño en tu sentimiento, mujer.
—Resignación y salud para re-

zarle muchos años
—Amén.

Por la garganta del pozo subieron a José. Ella lo recibió entre sus brazos, sin derramar una sola lágrima. Lo que aquella tarde estaba ocurriendo lo había visto Adela muchas veces antes, dentro de sí misma.

—No vayas a la mina, José
—Ya estamos a vueltas con tus manías.

—No es eso, es que te veo muerto, con la tabla del pecho abierta, entre cuatro cirios amarillos y una corona de rosas de tela.

A José le había doído siempre que ella fuese así. No llegaba a entenderla del todo.

—Maldita para siempre la mina.

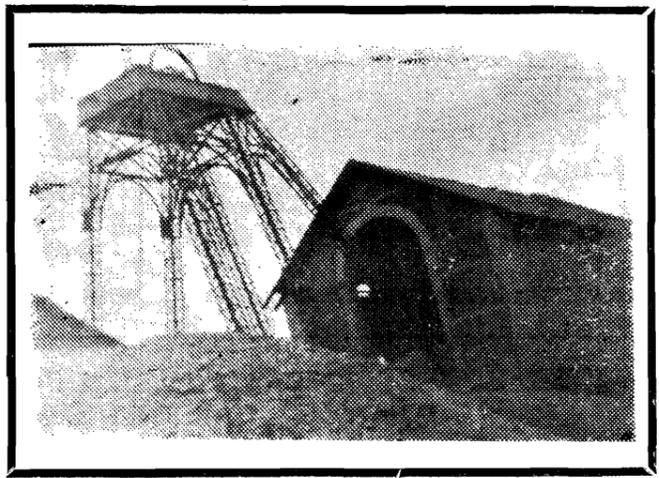
Lo intuía en su corazón. Que la mina es una fuerza ciega, marcando la vida de los suyos: el padre, primero, despedazado por la explosión de un barreno. Después, sus hermanos, jóvenes, como dos árboles sanos, sepultados para siempre en un hundimiento de una galería. Mirando al pequeño hijo, bajo las sábanas de la cuna, Adela se estremecía. Acababa por encender una lamparilla sobre el aceite de un tazón, para alumbrar la estampa de un Nazareno.

Muchas veces había esperado a José, cosiendo junto a la ventana, en su silla de anea, y por esos cristales había de volcarse la hermosura de un paisaje de malacates, castilletes, chimeneas, todo glorificado por la lumbre de oro del Poniente. Pasaban los mineros, con el «trapo» y la lámpara, y siempre había alguno que estampaba en el aire del atardecer la impronta escalofriante de una «minera»:

«Cuando me engancho en la cuerda para meterme en el pozo, pienso para mis adentros: «¡Qué amargo es el pan que como!».



Saltaba también al aire aquella fragancia agreste, tomillo entreverado con toronjina, de la «cartagenera»:



Me voy «pa» las Herrerías a hablar con el comisario; la noche la vuelvo día cuando monto en mi caballo, y hablo con Ana María.

Entonces Adela había de vencerse a sí misma para no caer en la tentación de doblegarse a la fascinación del momento.

Recordaba Adela un invierno, un mal invierno, con José enfermo, sin poder bajar a la mina. Vinieron unas damas piadosas, elegantemente vestidas, por lo del reparto de aquellas llamadas bolsas de caridad, con víveres y ropas. Les hablaron de conformidades y resignaciones, de aquella aceptación humilde de los hechos que trae la paz al ánimo.

—¡Conformidad, paz! Es fácil decirlo.

No, no habría conformidad, paz, mientras la mina estuviera ahí, a su alcance, litografiada en el azul de un cielo sin nubes rabiosamente azul, cielo de cuadro para comedor.

—Las envidio. Esas mujeres no cuentan con la amenaza de la mina. Huele a jabón, a agua de colonia, y los suyos mueren como manda la Ley de Dios: en una cama, entre las sábanas, y un Santocristo entre las manos.

Ahora ya estaba en pie aquella amenaza, la amenaza de la mina. José, muerto, entre sus brazos.

—Adela, resignación, mujer.
—Que la tierra reclama lo que es suyo.

Ella no envidiaba, no aborrecía a los otros compañeros a salvo, porque sabía que un destino aciago, fatal, había marcado para siempre su existencia.

—Estaría escrito.

Cuando se lo llevaron, camino del cementerio, Adela miró por última vez la estampa de la mina, recortada en el telón añil del cielo. Se abrió paso entre un grupo de gente curiosa, gente amiga, y recogió de su cuna la leve carga del hijo. Detrás de ella sonaban voces conocidas, palabras amigas que no llegaba a entender del todo. No volvió la cabeza. Ya no la volvería nunca.

Avanzaba hacia la carretera que lleva a los paisajes nuevos con fábricas, con talleres, con árboles y espigas. Le pesaba el hijo, pero aquel era un peso gozoso que no lograba impedirle aminorar su paso, paso rápido y elemental de animal herido, andadura del que cambia oscuros terrores, sinos cumplidos, por nuevos vislumbres de esperanza.

(Dibujos del autor)